

ción, el reconocimiento, se manifestarán con cánticos del corazón!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Grande es pues el crimen de aquellos que pretenden ser dueños de sí mismos y de los dones que han recibido de Dios, y quieren hacer de ellos el uso que les plazca, sin tener en cuenta la voluntad de Aquel que es, y permanece alto propietario de todo lo que le ha dado al hombre y del hombre mismo. Este crimen se ha hecho el crimen social, cuando las sociedades se han levantado orgullosamente contra Dios, proclamando como su única ley la blasfemia de los *Dominios del hombre*.—El hombre no tiene nada de sí, ni su pensamiento, ni su conciencia, ni su forma social; blasfemias, pues, son contra la autoridad divina, la libertad del pensamiento, de la conciencia y de la sociedad.—Repáralas proclamando que tú reconoces los *Derechos de Dios*, que garantizan todas las santas libertades, de las cuales la principal es tender libremente á tu fin eterno. Repáralas, sobre todo, adorando, exaltado por un culto público y solemne, al Señor en el Sacramento del Altar. El desconocimiento de la Autoridad ha tomado una forma práctica y universal; es el desprecio de la Divina Eucaristía.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Pide la gracia y toma la resolución de reconocer siempre prácticamente los derechos de Dios sobre tí, por la observancia de los mandamientos, la correspondencia á sus inspiraciones, sobre todo, por

la sumisión á su voluntad en las pruebas. Nos cuesta algún trabajo el admitir que nuestro Creador tiene el derecho de hacer con nosotros y sobre nosotros todo lo que le agrade, y sin embargo, todo es de El. Tengamos, pues, bastante confianza en su sabiduría para saber que no se engañará, y en su bondad, para creer que será por nuestro bien. “¿Quién eres tú, ¡oh hombre!, dice San Pablo, para reconvenir á Dios? Un vaso de barro, dice acaso al que lo labró: ¿Por qué me has hecho así? ¿Pues qué, no tiene facultad el alfarero, para hacer, de la misma masa de barro, un vaso para usos honrosos y otro para usos viles?” Que nuestra divisa sea la de nuestro Soberano Señor: “*Ita Pater, quoniam sic placitum fuit ante te.*”

PRACTICA:

Hacer de la genuflección (1) el signo de la dependencia absoluta del soberano dominio de Dios.

La Eucaristía es el Soberano Juez.

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

Reconoce y adora con un temor saludable, en el Sacramento ante cuya presencia estás, al Juez terrible de vivos y muertos. Sí, á pesar de su silen-

(1) Esta según rúbrica, se hace doblando la rodilla derecha hasta el suelo, junto al tobillo del pie izquierdo, de cara al Santísimo.

cio, de su dulzura, y de la benignidad de su aspecto, la Hostia dulce y paciente de nuestros Tabernáculos, es el Dios de las justicias sin apelación, y de las venganzas sin medida!—¿No es el Dios que habiéndolo creado todo, tiene derecho de ordenarlo todo, y si sus órdenes no son ejecutadas de castigar á los que las quebrantan? ¿Quién osará decirle: “¿Por qué me castigas así?” Adora, pues, temblando, los ojos bajos, la frente cubierta de confusión, al Juez sapientísimo, al Juez incorruptible, al Juez de sentencias irrevocables!—Además, esta Hostia es el Hombre-Dios que ha adquirido, por el hecho de su muerte y de su victoria, un nuevo derecho de juzgar á los vivos y á los muertos. Jesucristo mereció por la iniquidad con que los hombres lo juzgaron y condenaron, recibir en compensación la gloria y el honor de juzgar á todos los mortales. Cuando aparezca el último día en todo su esplendor, ante las generaciones reunidas, gozará en toda su plenitud, de esta eminente prerrogativa de Juez supremo de vivos y muertos. ¡Qué autoridad! ¡Qué poder! ¡Qué majestad! ¡Qué gloria! ¡Oh, adora velado, condescendiente y lleno de paciencia á tu terrible Juez! Piensa que esta humilde Hostia ve y juzga todas tus acciones, todos tus deseos, todos tus pensamientos. Ve y juzga con entera verdad, según la medida de sus gracias, de sus socorros, de los medios que te ha dado para vivir conforme á su voluntad, lo que debías hacer ó evitar según los deberes de tu estado, las gracias de tu vocación, los llamamientos particulares de su amor. Nada se le escapa, y ninguno de los pretextos que empleamos para doblegar la rectitud de nuestra conciencia y engañarnos á nosotros mismos, puede seducirle ó engañarle. ¡Juzga con la luz penetrante de su in-

falible verdad! No te aproximes á El, sin juzgarte y condenarte sin misericordia.

2.º CUARTO DE HORA—ACCION DE GRACIAS.

Agradécele al Juez terrible del último día, el que se haga el Juez misericordioso y paciente de todos los días en la Hostia Santa. Ve nuestras faltas y conoce toda su gravedad; le causan horror. A pesar de esto, se muestra paciente en el Sacramento, y las disimula, ruega por nosotros, se ofrece en expiación por nosotros, se inmola para destruir nuestras faltas, y obtenernos perdón, y la gracia de una verdadera conversión. El otro beneficio de la Justicia Divina en la Eucaristía, es que nos determina á juzgarnos á nosotros mismos, con severidad, si queremos no serlo un día por el Juez supremo. Juicio fácil de instruir, de pronunciar y de ejecutar, y que hacer debemos cada mañana sobre las acciones de la víspera, en la presencia de nuestro amoroso Salvador, con la esperanza de recibir, por precio de nuestra franqueza y humildad, la recompensa de una buena comunión, gusto anticipado de la recompensa eterna. En fin, el tercer efecto bienhechor del Dios de la Justicia en la Eucaristía, es el hambre y sed de justicia que se apodera de aquellos que la reciben dignamente. Se arman contra sí mismos para castigar primero sus propias faltas, y después las faltas de otros, y se ofrecen, con la Víctima Eucarística, á los castigos de la justicia vengadora. Dale gracias al Juez supremo que sabe, por medio de este Sacramento, donde todo se cambia en amor, hacer su terrible justicia, dulce para los que la contemplan, y fecunda en beneficios.

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Cuál, será, pues, el crimen de aquellos que desprecian la condescendencia y la paciencia del Soberano Juez en el Sacramento. ¡Ah! la justicia de Dios que desprecian acumula castigos sobre su cabeza, "atesoran la cólera divina." Este Dios de justicia, que ha extendido aun más allá de lo verosímil, los límites de su bondad, de su misericordia y de su justicia; este Dios vengador que lo ha soportado todo, dejando á los impíos triunfar de su silencio y de su paciencia; este Dios hecho hombre, este Justo, este Inocente, que por un exceso de amor ha consentido en sufrir de nuevo en el Augusto Sacramento, se hará justicia en el gran día. ¡Ah, qué terrible será para con los sacrílegos y profanadores! Si el castigo está en proporción con el amor que se desconoce, este amor desconocido en la Eucaristía, en donde Dios le lleva á sus últimos límites, reclama un castigo que agote las iras de la cólera divina: *in finem*.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Pidamos todos los días de nuestra vida por la bondad, los méritos y el sacrificio de nuestro Juez Soberano en la Eucaristía, la gracia de un juicio indulgente y misericordioso en el último día. Ganemos á nuestro Juez, honrándole, previniéndole; habituémonos por un trato asiduo con él, á conocer su manera de ver, de pensar, de juzgar y de querer. Que el momento de nuestras comuiones sea la hora de un juicio sincero y severo, instruido á la luz de la santidad de Dios. Instruyamos este juicio antes de la Comunión, para purificarnos y pre-

pararnos á recibirla bien; hagamos consideraciones para corregirnos y cumplamos las sanciones tomadas contra nosotros por un santo espíritu de justicia. Digámosle á nuestro Juez que está en el Sacramento como en el trono de su misericordia, la ferviente plegaria de la Iglesia: "¡Oh, Juez Supremo de justas venganzas, concédeme un perdón pleno antes del día de las últimas cuentas! Temo como culpable y mi rostro se llena de rubor; ten de mí piedad, Señor, por mi oración! Tú, que absolviste á la Magdalena, oíste al Ladrón, y que me has dado toda esperanza. ¡Ah, mis oraciones no son dignas de ser escuchadas, mas tú que eres bueno, haz que por tu misericordia me vea libre de las llamas eternas! Ponme á la derecha entre tus elegidos y sepárame de los precitos ó condenados."

La Eucaristía es el Dios de la Misericordia.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora bajo el velo sacramental que hace tan dulce la presencia de Jesús en el Sacramento, esta perfección de su ser divino llamada con este nombre tan benigno y tan dulce: la Misericordia divina. La divina Misericordia! es la bondad del Dios terrible, su amor vencedor de su justicia, la perfección que á nuestros ojos resplandece, en este Sér en que todo es igualmente perfecto, con mayor brillo que las otras divinas perfecciones, pues de El se ha dicho: "Por encima de todas sus obras, su misericordia!" La misericordia divina es la paciencia de Dios en sufrir al pecador, es el retardo impuesto á

la justicia que debería castigar, el velo bajo el cual parece ocultarse para no ver, Aquel que todo lo ve; es la bondad que continúa los dones, las gracias sin número, como si no se abusase de ellas; es el trabajo infatigable de una Providencia empeñada en proporcionar con suprema habilidad ocasiones de retorno y medios de conversión; es sobre todo, la amabilidad en recibir al pecador, la sinceridad y la plenitud de su perdón, la perfección de la rehabilitación, que destruyendo el pecado cambia la púrpura en nieve, hace revivir todos los derechos adquiridos, todos los tesoros en otro tiempo atesorados, y devuelve todos los títulos de la herencia eterna, sumergiendo nuestros pecados en el fondo de los abismos del olvido para que no vuelvan á aparecer ni aun para tomarnos de ellos cuenta en el día de las supremas justicias. Es en fin el poder augusto que solo á El le pertenece, el cual le permite olvidar enteramente tus deudas, purificarte de tus imperfecciones y perdonarte plenamente, porque en él reside toda potestad y nadie puede decirle: ¿Por qué haces esto?—; Oh perfección adorable, nuestro único título de salud, nuestra única esperanza, y nuestro único tesoro! Si el Dios de los ángeles es el Dios de la santidad, nuestro Dios es el Dios de la misericordia.—Adora á la divina Misericordia en el trono donde distribuye sus gracias y concede sus perdones. Qué es la Eucaristía sino el Osculo de reconciliación, el Sello del perdón, el Festín donde hayan la alegría, la paz, el honor los hijos del Padre de la misericordia. ¿No es este velo sacramental, el velo de la paciencia, de la mansedumbre, de la compasión y de la condescendencia? Adora, adora, á la divina Misericordia en su manifestación más misericordiosa.

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

La acción de gracias confina aquí con la adoración hasta el punto de confundirse la una con la otra. ¿Cómo ver, estudiar, adorar la misericordia sin un sentimiento de íntima felicidad, de gozo y de reconocimiento? Este atributo de Dios se manifiesta por el bien que ejerce en nuestro favor, y sus actos se cuentan por los beneficios que de El recibimos. ¿Cuál fué la causa de la institución de la Eucaristía, sino un vivo sentimiento de compasión que le hizo decir al Corazón de Jesús: “si los dejase ir en ayunas desfallecerán en el camino?” Queriendo Cristo asegurar el perdón obtenido de su Padre por su muerte, en beneficio de los pecadores, ligó tan íntimamente la Eucaristía á su cruento sacrificio, que es ella su renovación continua hasta el último día, y la aplicación que de sus méritos hace á cada pecador, según sus necesidades personales, y en el tiempo y en las circunstancias en que tiene precisión de ellos. La Eucaristía acaba la obra de la misericordia comenzada en el santo tribunal, curando las llagas causadas por el pecado, destruyendo sus restos y atacándolas hasta en sus gérmenes más ocultos. La Eucaristía dulcifica la conversión y embellece el perdón llamando al culpable al Festín de los Angeles, y al descender á sus labios trémulos le dice su mismo Juez, su propio Dios: “Mi hijo había perecido pero le he vuelto á encontrar.” “Yo soy, ten confianza!”—“Yo soy el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo.” Recuerda las lágrimas derramadas en las gradas del Santuario, ante el Santo Tabernáculo, los días que solicitabas la divina misericordia! Trae á tu memoria aquellas comuniones, y dime si puedes evocar su recuer-

do, sin alabar con efusión al Sacramento de las misericordias inefables.

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

¿Cuál será la falta y cuál el castigo de aquellos que desprecian la Misericordia divina? Si la Misericordia detiene ahora el brazo de la Justicia, ¿cuáles no serán las terribles represalias de la Justicia, tanto tiempo contenida, pasada la época de la Misericordia? Piensa, reflexiona que cuanto la misericordia es más grande, magnífica y generosa, tanto será más terrible la venganza que por ella tome la justicia. Esfuérzate en hacerte el objeto de la clemente y paternal Misericordia, para no caer un día bajo el cetro vengador de la Justicia!

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Toma la resolución y pide la gracia de no desconfiar jamás de la misericordia en tus caídas y de venir, por lamentables y frecuentes que sean, á prostrarte á los pies del misericordioso Sacramento, pidiéndole con su perdón, la gracia de confesarlos sin tardanza. La única falta irremediable es la de desesperar de la misericordia de Dios. Pero, á tu vez, sé misericordioso con tus hermanos, en pensamientos, palabras y obras.

PRACTICA:

Procura en todos aquellos sobre los que tienes alguna influencia, infundirles, por tus palabras y consejos, una grande confianza en la Misericordia de Jesús en el Santísimo Sacramento.

TITULOS HUMANOS DE LA EUCARISTIA

I.—NOMBRES DE BONDAD.

Jesús en el Sacramento es el Buen Pastor.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora, saluda con alegría, contempla con una mirada llena de amor y de reconocimiento, al Buen Pastor presente delante de tí, bajo los velos del Sacramento. ¡Oh, qué dulce es pronunciar este nombre! ¡Qué hermosos recuerdos de bondad trae á la memoria! ¡Qué confianza, qué paz y qué abandono inspira á el alma que sabe que es la oveja, si no siempre fiel, al menos deseosa de serlo, de este Buen Pastor! Oye como Jesús reivindica para sí con amoroso empeño, el título y las cualidades del Buen Pastor. “Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor sacrifica su vida por sus ovejas.—El mercenario en viendo venir al lobo huye, porque las ovejas no son propias de él y le importan poco. Mas yo soy el Buen Pastor y conozco á mi ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y pongo mi alma por mis ovejas. Ellas escuchan mi voz; yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna: ellas jamás perecerán, y nadie me las arrancará de la mano.” ¡He aquí la obra del Buen Pastor! El rebaño de su Padre había si-